

Por aquel tiempo ocupaba Julio II. la Cátedra Apostólica. No llenaré el retrato de este Pontífice de colores desagradables como se cree susceptible. Algunas atrevidas y preocupadas plumas nos le han pintado disimulado, político y guerrero. Yo os le describiré mas fiel: zeloso por la Religion, firme en perseguir el vicio, protector de los buenos talentos y amigo del mérito. A mí no se me olvidará lo mucho que se debe á aquel príncipe de la Iglesia por mas que diga la preocupacion contra el enemigo de la Francia.

La Providencia llevó á la corte de éste príncipe á nuestro Santo. Anunciábale su reputacion, y su conducta hacia poner sobre él todas las miras y atenciones. Las mejores y mas lisonjeras dignidades, se ofrecieron á sus superiores talentos. Si desde luego condescendió con las órdenes soberanas, fué porque creía que en ello acertaba á cumplir con los designios del mismo Dios. Mas quando este Señor se le manifestó de diferente manera, la tomó tambien muy distinta en su modo de pensar. El aceptaba y desechara los honores quando el Cielo se lo ordenaba.

Subió Leon X. al trono de la Iglesia, y desde luego manifestó á *Cayetano* la estimacion y el cariño que le profesaba. Ninguna satisfaccion podia desear la ambicion que él no lograrse. Pero ¿qué es lo que vino á conseguir? Una ventaja mas gloriosa que los honores con que se le queria colmar. Logró la reputacion de un santo, que dueño de su fortuna y elevacion en Roma, trastornó por sí mis-

mismo el edificio en que se fundaba.

Digo en Roma, porque ya en Vicenza habia vencido la humildad de nuestro Santo los obstáculos que le oponia la erguida vanidad de su familia. La Congregacion de San Gerónimo reunia en Vicenza unos hombres, cuyo nombre era tan poco conocido como resplandeciente su piedad. Id *Cayetano*, id y cuidad de esa asociacion popular. *Veni*. En el servicio de Jesu-Christo no se conocen los honores sino las virtudes. El será el primero y único entre la nobleza, que no se avergonzará de tratar públicamente con aquellos hombres vulgares de la plebe. Algunos le sindicarán esta accion, pero él se ríe de los vanos é ilusorios clamores. El respeto humano no impéra sobre un corazon que está entre las manos de la Providencia.

Impóngale ésta otros cuidados, é inmediatamente se verá como por obedecerla dexa aquel género de vida á que solamente le conduxo la obediencia. Dirigido este nuevo Pablo por otro Ananías, se encamina á Venecia para permanecer en la casa que allí habia mas fértil y brillante en ejercicios de virtud. *Inventus est fidelis*.

Experimentaba aquella poderosa república las mas horribles desgracias. Mas así como en otro tiempo hizo detener en Roma al soberbio Atila la dominante eloqüencia de San Leon; así tambien consiguió *Cayetano*, por medio de sus eficaces oraciones, apaciguar aquella tempestad de desgracias en que gemía Venecia. Las virtudes que son las únicas armas con que peleaba contra el magnífico Soliman, eran otros tantos diques impenetrables que detenia-

en su precipitada carrera á aquel temible torrente que nada parecía bastaba para detenerle.

El hombre de la Providencia, es el ciudadano del Universo. Quando nuestro héroe era útil en Venecia se detenía y encerraba en ella: quando hacia falta en Verona se trasladaba tambien á aquella ciudad. Y ¿qué es lo que observa en ella? ¿qué? El que un zeloso Pontífice fué la víctima de su mismo zelo. El Obispo Giberto se habia declarado contra la desenfrenada licencia de la clerecía y del pueblo. Rebelde aquella, habia menospreciado sacrilegamente sus anathemas, y agitado, preocupado y seducido el pueblo, habia enarbolado el estandarte de la rebellion y de la discordia. Preséntase *Cayetano* en esta ocasion y toma el remedio á su cargo. Su palabra era, como la de Elías, un rayo de fuego que estremecía, hacia reflexionar, instruía á los entendimientos y cautivaba los corazones. Ni la ciudad de Ninive fué mas dichosamente mudada y convertida al oír á Jonas, que lo fué Verona al escuchar á nuestro Santo.

Este, pues, era un hombre que desempeñaba todos los ministerios. El sacrificio que hizo de todo al Señor, fué una perpetua victoria que consiguió sobre su corazon.

Yo discurro que quando hablo de las victorias que consiguió sobre su corazon, os acordareis de aquel dia en que resplandeció el triunfo de Carlos V. en Nápoles. Vuestra memoria os excitará la idea de aquellos trofeos fingidos por el ingenio, que ensalzaban la gloria del monarca, y que, por el clarín de la

fa-

fama, parecía contarse los muchos reyes que habia vencido, las provincias que habia conquistado, y las coronas que habia puesto y reunido sobre su cabeza. Mas ¿si diré yo lo que se me previene? *Cayetano* es el vencedor que me choca y me admira aun mucho mas que Carlos V. En el silencio del retiro, en el fervor de la oracion y en el ejercicio de la penitencia se demuestra. En vano se esfuerzan en persuadirle, que su reputacion ha llegado hasta la Corte de Carlos V. y que este príncipe protegería con sumo anhelo á una Congregacion que era tan útil á la Iglesia. La Providencia, decia él, me impone estas esenciales obligaciones, y por otra parte no me prescribe inútiles adornos. Respeto el favor de los potentados, pero no le busco. Id discípulos fieles, id á contemplar la gloria de vuestro maestro, que yo alabaré vuestro zelo. Pondré mis miras en la prosperidad de sus armas. Esta es mi vocacion: con ella me conformo.

A vista de esto, christianos oyentes, ¿qual de los dos os parece mas grande, el Monarca ó el Santo? Carlos V. con sus vastos y dilatados proyectos, parece que ofende á las disposiciones de la Providencia; pero *Cayetano* las respeta. El primero se empléa en formar el plan de una monarquía universal, y se alimenta con la vana idea de dar leyes á todo el mundo: el segundo, puesto al frente de una Congregacion de quien es el padre, se delecta en recibir leyes hasta de sus mismos discípulos. Aquel desea que las tímidas naciones obedezcan su voz: el cumplimiento de los deseos

E 3

de

de éste pende en la cautividad del yugo de su obediencia. La presuncion y vanidad siempre acompañan por lo regular al conquistador, así como el legislador va guiado por la sabiduría. El primero pone todo su conato en triunfar de sus enemigos: el segundo no cuenta otras victorias que las que consigue sobre sí mismo. Al uno se le teme, al otro se le admira. Carlos V. es el héroe del tiempo: *Cayetano* es el héroe de la eternidad. Héroe tan firme en los trabajos, como dócil á las órdenes de la Providencia y al exemplo de una total sumision, á quien sabe añadir el mérito de una confianza sin límites.

No nos figuremos, pues, al oír este nombre una Congregacion de ministros sin mas fondos que los de la Providencia. No por cierto. No manda el fundador á sus discípulos que renuncien aquellos bienes que la Iglesia y los Concilios permiten poseer á las demas órdenes; ademas de que, aun quando les hubiera sujetado á la dura ley de una pobreza tan rígida como se supone, hubiera hecho la Iglesia que se mudase, maxíme habiendo sido dada en un siglo tan irreligioso como aquel. Siempre se debe confiar en la Providencia; pero jamás exáspersarla, ni precisarla, digámoslo así, á cosa alguna.

Nuestro Santo confió en ella en efecto. Pero ¿de que suerte? Esperando conseguirlo todo de ella, aun en las mas difíciles ocasiones. Llamo ocasiones difíciles ó peligrosas á aquellos combates que tuvo que sostener para defender el heroísmo de su desinterés contra los reiterados ataques de la prudencia humana.

El

El conde de Oppido, tomaba tanto cuidado por las cosas de *Cayetano*, quanto éste se descuidaba de ellas. ¡Quantas plausibles razones expuso aquel para determinarle á recibir una renta fixa, como único medio de dar á su órden una estabilidad y firmeza que bastase á triunfar de las vicisitudes del tiempo! Lo apagada que estaba la caridad, la miseria de los tiempos y las calamidades de la guerra, se pintaban con aquellos vivos colores capaces de seducir á un corazon menos firme que el de *Cayetano*. Pero á este nada le movía. Me parece que le oigo exclamar santamente transportado de indignacion, que la política humana solo influye sobre los humanos corazones; pero que la Religion le enseñaba lo mucho mejor que era poner su confianza en Dios que en los hombres. *Bonum est confidere in Domino, quam confidere in homine* (1).

Puede, tal vez, que la autoridad venza una virtud á quien no pudo alterar la amistad. Algunos religiosos, tan célebres por su mérito como por su virtud, hacian ver á nuestro Santo el uso y los exemplos á quienes, decian ellos, debía respetar y podia seguir. Mas ¿que les responde? Que si no hubiera Providencia podria aprovecharse de sus saludables y juiciosos consejos; pero que *la mano de Dios no se habia retirado* (2). Le replican, ¿que es menester distinguir á Nápoles de Venecia? Pues él responde, que el temor jamas debe entrar en un co-

E 4

ra

(1) Psalm. 117. v. 8.

(2) Isaías 69. v. 1.

razon á quien anima la confianza, y que el mismo Dios es el de Venecia que el de Nápoles (1).

El que sabe resistirse á unas pruebas tan delicadas, ninguna cosa tiene que temer. Las sospechas y malicias del falso zelo, las murmuraciones de la envidia y la perfidia de la ingratitude, vaticinaban la pérdida de *Cayetano* y la ruina de su órden. Como sensible bienhechor de sus mas terribles enemigos, hará caer á sus pies aquella turba que intentaba destruirle, desarmando la inquieta rabia que le perseguia con una invencible paciencia, un perdon generoso y unos servicios constantes. Los que hizo tan apreciables á Venecia en tiempo de calamidad, permanecerán siempre grabados en los eternos monumentos del reconocimiento.

Mas ¡que fatal desdicha es la que se esparce por toda aquella desgraciada ciudad, en donde reynaba la paz, la opulencia y el luxo! Ya no era Venecia otra cosa que una triste mansion en donde hacia respirar el contagio un ayre corrompido. Con facilidad se comunicó é hizo sentir por todas partes este sutil veneno, y con él el temor, la destruccion y la muerte. Aquella ciudad, pues, tan rica y floreciente, pereció á manos de su propia grandeza. El angel exterminador vertia por todas partes el vaso de la divina cólera. No habia parage que el rápido fuego no consumiera y destruyese. Solo se veían pálidos semblantes,

(1) Vida de San Cayetano, por el Padre Bernardo, lib. 2. cap. 2.

cadáveres corrompidos, sepulcros que infestaban, y soledad horrible y afrentosa. Todo huía ó espiraba. El amigo no encontraba ya amigos con quien tratar: el padre abandonaba á los hijos. En donde empieza el peligro parece que las leyes se destruyen y aniquilan.

En aquellos peligrosos tiempos en que, por decirlo así, era negarse la subsistencia el entregarse á la voluntad agena, fué en los que el intrépido *Cayetano* confió los dias de su vida al cuidado de la Providencia. De este modo la hizo un noble sacrificio. El no cuidaba de su vida. Nada era bastante para impedirle la actividad de su zelo. Ni ¿quien le podria detener? ¿Seria acaso el peligro? Mas bien podremos decir que le detendria su poder, que su intrepidez le desanimase. ¿Si será la muerte? Nada menos que eso, porque mientras pudiesen vivir sus hermanos, se creía en morir sumamente dichoso. Quando se cuenta con Dios, solo se teme faltar á este Señor.

No le faltará *Cayetano* aun en las pruebas mas rigurosas que tiene que sufrir en Roma. ¡O Santo Dios! Y ¡que es lo que va á suceder! ¿Se renovarán acaso en la christiana Roma aquellos lamentables dias de horror y de carnicería con que la amenazaba San Juan quando ella era idólatra? He visto á una muger, decia aquel bienaventurado, cubierta con la sangre de los Santos (1). De repente vendrán sobre ella las plagas mas terribles, y la aniquilarán. Dentro de sí misma tiene la muerte. Una ham-

(1) Apoc. 17. 6. 18. 8. 17. 18.

hambre devoradora la desolará, y un fuego terrible consumirá las tristes reliquias de su antigua hermosura. En efecto, señores, se abre el abismo y toca á las puertas de su ruina. Con estas espantosas señales daba á entender el apóstol la destruccion de Roma baxo el imperio de Vespasiano, ó, lo que es lo mismo, dexabá percibir Clemente VII. el horrible asalto que Roma debia experimentar. Sí, en tiempo de éste Pontífice, de Carlos V, Fronsperg, Borbon: pero ¡quantas consideraciones me asaltan al citar estos famosos hombres! En efecto, se me representa aquel Papa desgraciado por su imprudencia; aquel terrible monarca despues de irritado; aquel famoso guerrero á quien protegía la heregía, porque le condenaba la Iglesia; y aquel príncipe infiel á su rey por descontento. A estas políticas causas atribuyen las historias los males y las desgracias de Roma.

Adelantóse ácia esta capital del mundo christiano una formidable armada. Parecía resonaba en el ayre el espantoso estrépito de una infinidad de rayos y exálaciones. Ya no era Roma señora de sí misma. Victorioso el enemigo, venció todos los obstáculos. En su precipitada é impetuosa fuga, rompió los diques, y salvó las murallas. Me parece que á vista del Vaticano se le muda en furor su ánimo valiente, formando de este modo arroyos de sangre. ¡O que aceros se emplearon en esta sangrienta empresa! ¡que fuegos, que incendios y que atenta dos se vieron! Destruídos y hechos ceniza los prodigios del arte; abiertos los templos

plos á todos los delitos; entregados á las llamas los sagrados huesos y reliquias de los santos; hechos nuevamente hogueras y leñeros los sepulcros de los mártires, y las cenizas de los papas dispersadas y ultrajadas con la mayor ignominia. Nada, en fin, respetaba la impiedad. Jamas presentaron escena mas sangrienta los siglos de persecucion. Mas ¿por qué bárbara predileccion vinieron á caer sobre Cayetano todos los males que affigian á Roma? ¿Será porque no temió presentarse á los hereges entre el estruendo de las armas, y porque reprehendió con un vigor apostólico sus excesos del mismo modo que sus sacrilegios á los católicos? Puestos todos de acuerdo, le insultaban, le perseguian y le obligaban, por decirlo así, hasta en su mismo retiro. Para él se inventaron suplicios, cuyo rigor se habia escondido á la ingeniosa crueldad de Neron y Diocleciano. La paciencia y el sufrimiento del justo puede probarse de muchos modos, mas no se la puede abatir ni confundir. Un hombre, ó, por mejor decir, un monstruo de ingratitud á quien en muchas ocasiones habia colmado nuestro Santo de beneficios, penetró hasta el santuario, y puso sus sacrílegas manos sobre el santo apóstol. ¡O monstruo de la naturaleza! ¿Adonde te lleva tu temeridad? Detente. Respetá el santo templo. Teme á un Dios vengador y justiciero. En efecto, hermanos míos, Cayetano fué arrebatado del altar. Lleno de heridas, bañado en su propia sangre y cargado de prisiones, fué encerrado en un triste y obscuro calabozo. Pero os podeis consolar, porque

aun-

aunque su cuerpo sea sujeto y encadenado, está libre su corazón. Sufre y se contenta con padecer. Desde las tinieblas del sitio en que estaba encerrado, salieron aquellas maravillosas palabras que dieron á conocerá un mismo tiempo su seguridad, su alegría y su confianza: *Dominus regit me, et nihil mihi deerit* (1). El Señor es mi apoyo: con semejante defensor, nada tengo que temer ni ninguna cosa me puede faltar. Los suplicios que tienen los hombres son demasiado débiles é inútiles para hacerme caer de mi constancia. En Dios tengo toda mi esperanza, él será mi libertador. *Dominus regit me, et nihil mihi deerit*. ¿Se frustrará su confianza? No por cierto, porque sus obstáculos se vencerán, y una mano invisible encaminará sus pasos. Inaccesible á los interesados esfuerzos de sus perseguidores, engañará su esperanza. Las olas de la mar parecerá que se humillan y sosiegan á su vista, respetando dóciles los vientos su virtud. A vista de esto, no puedo menos de desentenderme de su firmeza, y poner mi única mira en su reconocimiento, que es lo que mas bien se percibe.

Este, pues, es eloqüente; por el fuego de sus expresiones pinta la vivacidad de sus sentimientos. Tambien es activo, porque justifica por el ardor de su zelo la sinceridad de sus discursos. Y es perseverante, pues con una muerte heróyca corona sus sentimientos, sus obras y sus sacrificios. Todas estas preciosas qualidades se reconocian en su corazón.

Al

(1) Psalm. 22. v. 1.

Al oír decir estas expresiones: "Siempre emplearé mi lengua en celebrar la gloria del Señor. Jamas dexará mi reconocimiento de publicar en todo tiempo sus alabanzas. Siempre he puesto en él mi confianza, y siempre le he hallado fiel (1)", ¿quién será capaz de distinguir, si es David ó Cayetano el que habla? Uno y otro son los que lo hacen. David para defender á vista de Israel á un Dios lleno de bondad y siempre grande. Cayetano para defender á presencia de Italia una Providencia siempre atenta, cuidadosa y liberal. ¿Quántas veces hizo ver á los indiscretos censores de su desinterés los resplandecientes prodigios con que le recompensó? La Providencia es, les decía, quien me ha socorrido en Roma, protegido en Venecia y fijado en Nápoles. ¿Veis esta mar tan propensa á alborotarse? Pues la Providencia es quien me ha hecho evitar los escollos. ¿Observais á mis discípulos sin asilo? Pues ella es la que los ha recogido. ¿Se hallaban sin recurso? Pues ella les ha mantenido y alimentado. ¿He necesitado protectores? Pues ella me los ha proporcionado. ¿Apologistas? Ella me los ha dado. ¿Socorros? Ella me los ha proporcionado con prodigalidad. Y ¿habia de ser ingrato mi corazón? ¡Ah! permita Dios que perezca en el instante mismo en que quiera olvidarme de su propicia Providencia, que es á quien todo se lo debo. Como madre generosa, me ha sostenido y favorecido como á hijo querido: y así

(1) Psalm. 33. v. 1. y 3.

así como hijo reconocido la debo un amor sin límites, y una confianza sin medida. Jamas recibirá tantos homenajes y sacrificios de mi fidelidad, que iguallen á los infinitos beneficios que me ha prodigado su proteccion.

De este modo habla el reconocimiento; pero ¿cómo obra? *Cayetano* os lo va á enseñar. Ya que la Providencia le habia arrancado y libertado de los atentados de la heregía en Roma, debia, como por reconocimiento, declararse contra las empresas de esta depravada secta en Nápoles. Preparada con arte la seducción, corría por canales imperceptibles (1). Aunque el Universo se admiró en otro tiempo al ver á *Arriano*, no advirtió Nápoles ménos sorprendida su próxima caída con el Luteranismo. Tres apóstoles de la mentira y del error se percibian en aquella desgraciada ciudad, que con sus discursos sorprendian y pervertian á las gentes baxo de una falsa piedad.

El primero sabia encantar por su dulzura; el segundo lograba seducir con su hipocresía, y el tercero procuraba cautivar con su eloqüencia. *Juan Valdez* hablaba con confianza á sus amigos en un aislado retiro. *Pedro Mártir* instruía á sus discípulos en una escuela autorizada, donde decidía con império. *Bernardino Ochín* reformaba las públicas costumbres desde la cátedra de la verdad, dogmatizando con audacia. El secular alteró el verdadero sentido de las Sagradas Escrituras; el

(1) *Mirabatur orbis se esse Arrianum. Hieron.*

Profesor corrompió la doctrina de la tradicion, y el predicador atacó á la autoridad de la Iglesia. El primero es un hombre digno del mayor castigo, porque enseña sin mision; el segundo es un hombre peligroso, porque engaña sin pudor, y el tercero un hombre despreciable, porque, sin ser virtuoso, enseña la virtud.

Los hereges que públicamente ostentan no querer serlo, se exploran y comunican secretamente entre sí. Con unas tramas sordas y ocultas intentaban arruinar á la Iglesia. Disponian con reflexion el sistema de su doctrina, y repartian con destreza las funciones de su apostolado. Mas, ¿cómo habian de poder ser suficientes sus concertadas precauciones contra el vigilante zelo de *Cayetano*? Este, pues, les observó cuidadosamente, y, por fortuna, los descubrió. ¡Con cuánto ardor hacia que se declarasen contra ellos la vigilancia, la autoridad, la ciencia y las excomuniones! Informó á Roma de todos estos peligros, é hizo que Nápoles se pusiese alerta, exhortando, combatiendo y escribiendo contra aquella depravada secta. Los emisarios de la profana novedad, solo experimentaban ya menosprecios, anatemas y suplicios. Huían llenos de vergüenza y de temor, é iban á llevar á los climas en donde reynaba la libertad, unos su odio contra la Iglesia, otros su furor contra *Cayetano*, y solo *Ochín* que antes era tan orgulloso, logró, despues de sus sentimientos, su arrepentimiento y su penitencia.

Despues de haber sido el apóstol de la Pro-

videncia, ¿qué es lo que le falta á *Cayetano* que ser sino su mártir? Así como el Doctor de la Grecia San Agustin se presentó en sus últimos dias en la ciudad de Hipona para consolarla en las aflicciones que la habian causado los Wandalos; así tambien apareció nuestro Héroe en Nápoles al fin de su carrera para remediar aquella ciudad, que era el teatro mas sangriento de una guerra civil.

Aunque fugitiva la heregía, dexó en ella, por no estar enteramente destruida, bastante semilla de discordia. En vano intenta la autoridad exterminarla con las temerarias amenazas de que, para asegurar la fé y mantener la sumision, establecería é introduciría en aquella ciudad el tribunal de la Inquisicion; porque reclamando la libertad sus derechos, logró que se coligasen los grandes, se armase el pueblo, y que cada uno de por sí fuese un verdadero soldado para defender sus intereses. El gobierno disimulaba desde luego por política; pero muy en breve tuvo que valerse de las órdenes, amenazas é indignacion del príncipe. Encendióse la guerra, diéronse los combates, y Nápoles vino á ser el sepulcro de muchísimos de sus habitantes, que fueron tristes víctimas de aquellos desórdenes.

Acude, pues, acude, ó glorioso *Cayetano*, como Angel de la Providencia, y protector y Apóstol de Nápoles, acude y une aquellos ánimos tan discordes y desavenidos. Háblales como profeta y como padre. Muéveles sus corazones. Acostumbrado estás á enseñarles y doctrinarles. Pero ¡ah! en vano le diijio estas

sú-

súplicas y estos ruegos. *Cayetano*:: Mas ¿si lo diré yo christianos? Semejante *Cayetano* al gran Sacerdote Elías, que no pudo vivir después que robaron el Arca, se sintió entrañablemente herido con la triste vista del espectáculo que le presentaba un pueblo á quien amaba; pero aun mucho mas quando reconoció que estaba en Nápoles la fé á punto de espirar, porque esta sola consideracion le hizo dar tambien á él sus últimos alientos. *Cecidit* (1). Sensible (aunque sin sentir sus propios males) á las imponderables desgracias y miserias que padecía aquella ciudad; agoviado de fatigas; consumido por la penitencia; arrebatado de la caridad, entre las manos de la Providencia; en medio de sus consternados discípulos; sentido y llorado en la tierra, y digno merecedor del cielo; acabó sus trabajos y su vida. *Cecidit, et mortuus est.*

Sí, hermanos míos, ya murió aquel hombre que era la prueba mas reciente y verdadera de la Providencia en las necesidades de la Iglesia. ¿Podrá acaso el incrédulo, si reflexiona sobre ella, permanecer todavía en su incredulidad? Yo lo dificulto. No hay ninguno que mas bien que *Cayetano* sea eterno exemplo de fidelidad á la Providencia, para edificación de la Iglesia. Aquellos christianos que se fian mejor en los hombres que en Dios, pueden aplicarse este instructivo exemplo para aprovecharse de él.

En este mismo dia en que celebramos no-

Tom. II.

F

80-

(1) I. Reg. 4. 18.



sotros el triunfo de nuestro Santo Héroe; le honra la insigne Roma como á su modelo, Venecia como á su libertador, Vicenza como á su padre y Nápoles como á su protector. ¡Quiera Dios que la Iglesia universal vea revivir sus virtudes en todos los estados del mismo modo que permanecen y se conservan entre sus discípulos! Renazca su caridad entre los grandes, y su sumision entre los pueblos. Imiten los sagrados ministros su desinterés, los pastores su vigilancia, los superiores su sabiduría, los religiosos su humildad, y todas las criaturas, de qualquier condicion ó estado que sean, su fé y su fervor. Triunfe la Providencia, de quien fué ministro, en nuestros corazones, así como triunfó en el suyo. Sujetémosla, como él, todas nuestras acciones y empresas, para que tambien nos corone en la eternidad.



PANEGÍRICO

DE SAN FRANCISCO DE SALES,

Obispo y Príncipe de Génova, Fundador  
del Orden de la Visitacion:

PREDICADO

*En la Iglesia de S. Luis, en la Isla; en la de S. Roque, en presencia de su Eminencia el Cardenal de Choiseul; en la de S. Nicolas de Chardonnet; en la de la Visitacion de la calle del Bacq, y en la de S. Juan en Grève.*

*Volui:: lenitate gubernare subjectos, ut:: optatá cunctis mortalibus pace fruerentur.* Yo he querido gobernar con dulzura á los Pueblos de mi Império, para que gocen de la paz que desean todos los mortales.  
*Esther 13. v. 2.*

Estas expresiones de bondad y de ternura de que, como vemos por las sagradas Escri-